

## Aventura antártica

# Sobre el monte más alto del continente helado

STEFAN WÖRNER

**S**UITZAKO Stefan Wörner, gaur egun Himalayako alpinismoan izen handienetarikoa batek, Pyrenaikarako bidali digu bere idazki orijinala, alemanieraz egoki idatzita, Antartidako mendirik altuena den Vinson Wassif-era orain urte bete egin zuen bidaiari eta igoerari buruz. Antartiar kontinentea, Europa bezain handia, izotz-bloke izugarria da, 28 milioi Km3.koa eta mundu guztiko ur freskoaren %74a duena.

*Kartajanarik eskatuta heldu zaigu artikulua; gero berak osotu du artikulua hori, 1986/12/31era arte Vinson-era egin diren igoeren historiari buruzko laukiarekin eta Wörner-en bizitzaren laburpenarekin.*

**L**OS dos turbomotores de nuestro «Twin-Otter» zumban monótonamente. Nos encontramos a medio camino entre la punta sur de Sudamérica y la Antártida. Volamos a una altitud de 3.000 metros sobre el mar. Pero no sobre un mar cualquiera, sino sobre el mar helado de la mitad sur. Concretamente, sobre el estrecho de Drake, tan temido por todos los marinos por sus brutales tormentas.

Imagino lo que ocurriría si en estos momentos los motores se parasen. Casi mil kilómetros de nada más que agua helada. No tendríamos ninguna oportunidad. Con este frío no se puede sobrevivir mucho tiempo, a pesar de que en dos paquetes amarillos que cargamos poco antes de despegar, viajan plegados dos botes salvavidas.

«Dentro de aproximadamente diez minutos sobrevolaremos la frontera de los témpanos y los primeros montes de hielo», anuncia Giles Kershaw, nuestro piloto por medio de un mensaje hablado que nos vamos transmitiendo unos a otros. Esta noticia es tranquilizadora y excitante a la vez. Tranquilizadora porque imagino que sobre los compactos trozos de hielo se podría realizar un aterrizaje de emergencia. Excitante porque por fin estamos en el camino directo de la Antártida, y porque nuestra meta, el monte Vinson (4.897 m.)<sup>(1)</sup>, el monte más alto del continente helado, cada vez está más cerca de nosotros.

### El paisaje más bello del mundo

Mi plan había sido, prácticamente, desde el principio, hacer como los primeros escaladores en 1966, es de-

(1) Mediciones más precisas realizadas en 1985, han corregido, rebasándolas, las altitudes oficiales de la Antártida. Su techo, el monte Vinson, ha pasado de tener 5.140 a 4.897 m.



**E**L suizo Stefan Wörner, nacido en 1949 en Wald, cerca de Zurich, es uno de los montañeros actuales que con más ahínco se ha dedicado a la organización de expediciones a los diversos Ochomiles del Himalaya y del Karakoram. Su introducción a esta modalidad se produjo en 1981 con su ascenso al Manaslu, como miembro de la expedición comercial que dirigía su compatriota Hans von Känel.

A partir de entonces, Wörner ha dirigido numerosas expediciones, entre las que destaca la triple diana realizada en el verano de 1983 a las cumbres del Hidden Peak, Gasherbrum II y Broad Peak, estos dos últimos escalados personalmente por él mismo. Otras expediciones que ha dirigido con éxito incluyen el Nanga Parbat (1982), Broad Peak (1984), Hidden Peak (1986), Shisha Pangma (1985 y 87) y Cho Oyu (1986).

Ultimamente, Wörner, a la par que continúa organizando expediciones a los Ochomiles restantes, ha ampliado de nuevo su radio de acción a otras remotas y no menos fascinantes regiones del planeta, como es el caso de este artículo y de otras salidas a cumbres tales como Ojos del Salado, en Chile, y Mt. Logan, en Canadá. Sus planes para el futuro incluyen el ascenso de cada uno de los siete techos continentales, así como los puntos culminantes de las mayores islas del mundo.

cir, volar directamente hasta el macizo montañoso que queremos escalar. El problema es que ninguno de los países que tienen bases en la Antártida, a excepción de los americanos, opera con aviones que en vuelo directo desde Nueva Zelanda o Sudamérica puedan llegar a algún punto de la Antártida y aterrizar sobre el hielo y la nieve. Pero la ayuda de los yanquis estaba y está vetada. Sin este vuelo directo se depende de los depósitos de combustible a medio camino, lo que nos lleva de nuevo a un transporte sumamente caro.

Para nuestro viaje de 3.200 km, desde Punta Arenas hasta la base de almacenamiento del Vinson, Giles Kershaw ha planeado dos paradas. Al hacer este cálculo nuestro piloto no pretende apurar la gasolina hasta la última gota, sino que quiere dejar una reserva para asegurar el aterrizaje en caso de emergencia, sobre una superficie llana.

No es la primera vez que Giles Kershaw vuela a la Antártida. Los que le conocen le llaman «Big Giles». Este inglés de 36 años, es uno de los pilotos más experimentados en vuelos a la Antártida. Voló durante 6 años, para las investigaciones británicas en el Polo Sur. Actualmente hace viajes como capitán de un Jumbo alrededor del mundo. Pero en sus vacaciones vuelve siempre a la Antártida. ¿Por qué? «*Amo ese infinito, esa naturaleza blanca jamás tocada*». Cuando nos acercamos para aterrizar en King George veo en sus ojos un fuego que resplandece. Nuestro avión es agitado de un lado para otro. Como un ascensor sube y baja sin saber por qué. En King George los chilenos han preparado una pista de aterrizaje natural. Pero desde hace semanas ningún piloto se atreve a aterrizar ahí, ya que con el deshielo—King George queda fuera del círculo polar— se ha convertido en un lodazal.

Ahora incluso tiene marcas de nieve recién caída. «*Agarraos bien*



**El Twin-Otter en el campo base del Vinson, sobre el glaciar de Ellsworth, una meseta a 2.200 m. de altitud.**

**fuerte, tengo que comprobar el suelo de la pista»,** grita Giles en la cabina. Por momentos notamos unos fuertes golpes en nuestra máquina. Después Giles vuelve a levantar el aparato hacia el cielo. **«Todo preparado para el aterrizaje»,** ordena con voz tranquila un poco más tarde. Pero el fuego de sus ojos demuestran su tensión y sus nervios. Busca sufridamente la provocación que esto le proporciona. Por eso Giles siempre quiere volver a volar a la Antártida, igual que los escaladores siempre quieren volver a escalar montañas.

Primer repuesto de combustible. Nosotros bajamos del avión. Al lado de la pista de aterrizaje, dos cabañas abandonadas. Aparecen unas figuras vestidas de naranja que se acercan al avión. ¡Big Giles!, gritan llenos de sorpresa. Son unos investigadores chilenos que nos van a ayudar a repostar. Hace semanas que no han tenido contacto con el resto del mundo. Sus pilotos ya no vienen, y el barco de aprovisionamiento aún no puede atravesar la capa de hielo.

\*\*\*

Nos habíamos informado sobre el continente helado desde hacía largo tiempo, y nos habíamos preparado para la gran aventura. Para mí siempre estuvo claro: esta vez, el vuelo era mucho más peligroso que la escalada.

Pero el vuelo es indescribiblemente bello, especialmente en la segunda etapa. Cuando despegamos de King George casi había anochecido. El sol se oculta allí, también en verano, durante unas pocas horas. Ahora, camino del Polo Sur, volamos en contra del sol, que durante el semestre del verano (setiembre a marzo) no se esconde nunca tras el horizonte. Volamos sobre, mejor dicho en, un paisaje de ensueño, que ni el propio Walt Disney ha-

bría sido capaz de imaginar tan lleno de fantasía.

A través de la costa oeste de la Península Antártica, nos dirigimos en dirección a la isla Adelaide. Sobrevolamos cientos de pequeñas islas, y sorteamos o sobrevolamos también picos montañosos que salen del mar y miden hasta 4.000 metros de altura. El mar que sobrevolamos cambia constantemente de aspecto. A veces son kilómetros de una blanca capa lisa como un espejo —agua salada helada—. Otras veces son témpanos que desde el avión parece un parabrisas roto. Según las corrientes marinas, también vemos el mar azul ondeado en el que el sol pega de plano.

Ahora hay cientos de kilómetros de hielo de un sólo y único color, donde no hay referencias para la aguja de bitácora ni para el sextante.

**«Para vosotros los escaladores esto tiene que ser todo un paraíso,»** ríe Big Giles, **«ahora te voy a enseñar, que aquí hay paredes como en los Alpes.»** Y al cabo de un rato de sobrevolar los gigantescos icebergs me dijo: **«Para mí, éste es el paisaje más bello del mundo.»** De verdad que tiene razón. Ahora sé realmente por qué vuelve siempre aquí.

## De isla en isla y tirada

Segunda parada, esta vez en la estación chilena de investigación Carvajal, en la isla Adelaide. Para Big Giles es sólo rutina. Para nosotros, nuestro rutinario paseo con el miedo. Giles vuela dando una curva de 180°. Estamos justo sobre el mar no helado. Pero yo tengo la impresión de que en los próximos segundos, vamos a dar en un glaciar. Torres de hielo se crecen ante nuestros ojos. Todo ocurre muy rápido. Yo, miro en ángulo recto al mar. Sobre una

isla rocosa veo miles de pingüinos. Entonces comenzamos a tropezar una y otra vez —sobre nuestros esquís con suspensión hidráulica— contra el dulce y ascendente glaciar, hasta llegar a los bidones de gasolina que están esparcidos sobre la nieve. El pasado verano aviones de la Armada chilena los arrojaron aquí, con paracaídas, para nosotros. Y puedo asegurarles que se trata de gasolina para avión, condenadamente cara.

La estación Carvajal está ocupada por un número bastante reducido de personas, y queda justo al lado del mar. El reloj señala exactamente la una de la madrugada, pero el cielo está claro como si fuese de día. En el verano nunca se hace de noche en la Antártida. Cuando se vive aquí durante un tiempo prolongado —aunque esto, claro, sólo lo hacen los científicos— entonces hay que hacerse un ritmo de día propio, no influenciado por la luz solar. De no hacerlo se duerme mucho menos de lo necesario. Así que los chilenos estaban dormidos cuando llegamos a la base. Sólo el comandante —conduciendo un trineo a motor— nos recibe desde lo alto del glaciar.

**«Let's go,»** grita Giles, **«el tiempo es bueno.»** Casi no nos deja ni tomar el café que los chilenos han preparado para nosotros. Unos minutos más tarde los motores ya están en marcha, el avión va acelerando sobre el glaciar y levantando polvo de nieve, hasta que después de unos 400 metros de un recorrido lleno de zumbidos, el aparato consigue despegar. La última etapa: todavía más de 1.000 kilómetros hasta nuestro monte.

Al cabo de media hora dejamos la costa y volamos sobre un hielo cada vez más liso. Vamos hacia el Sur, sobre la coraza de hielo que cubre prácticamente toda la Antártida. La navegación es ahora para Giles mucho más difícil. Antes se podía orientar ayudado por las bahías e islas.

Después de 900 km de vuelo vemos de pronto en el horizonte unas puntas blancas; son montes, en concreto se trata de las primeras cimas de los montes Ellsworth, el grupo montañoso más importante de la Antártida.



**Una familia de pingüinos de paseo dominical en la isla Adelaide, nuestro segundo punto de repuesto en el Atlántico Sur.**

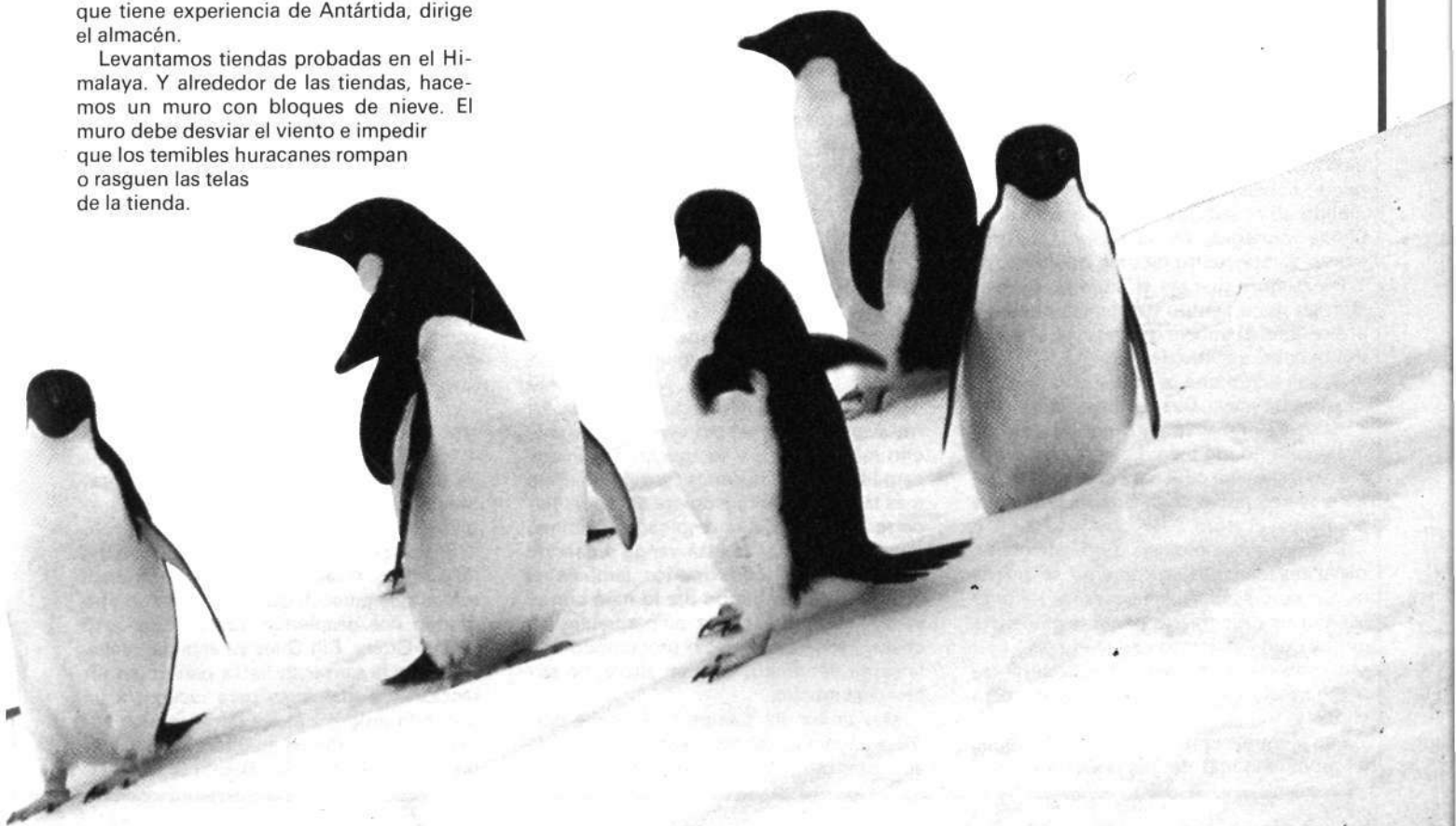
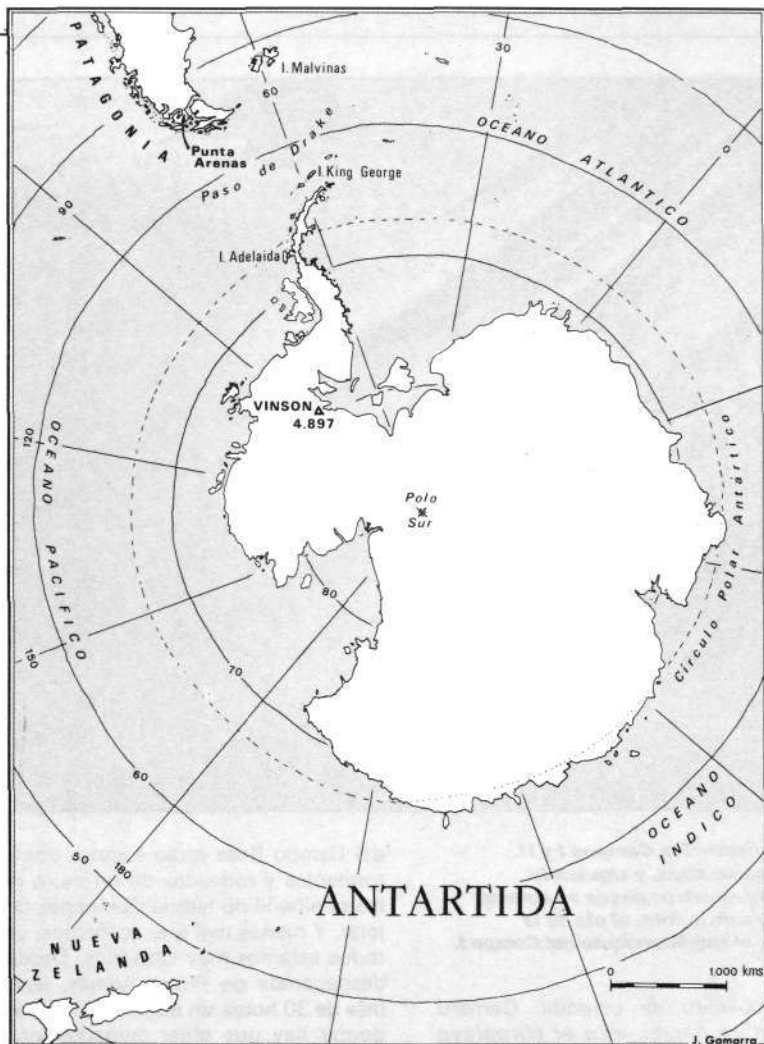
Queremos situar nuestro Campos Base en la cara Oeste del macizo Vinson, a 2.200 m de altura, en la meseta del glaciar en Ellsworth. Pero Giles se acerca a estos montes por el lado Este. Cada vez nos acercamos más a la cima más alta: 3.500-4.000 m. De pronto Giles encuentra entre los montes un collado por donde podemos atravesar al otro lado.

## La claridad desierta

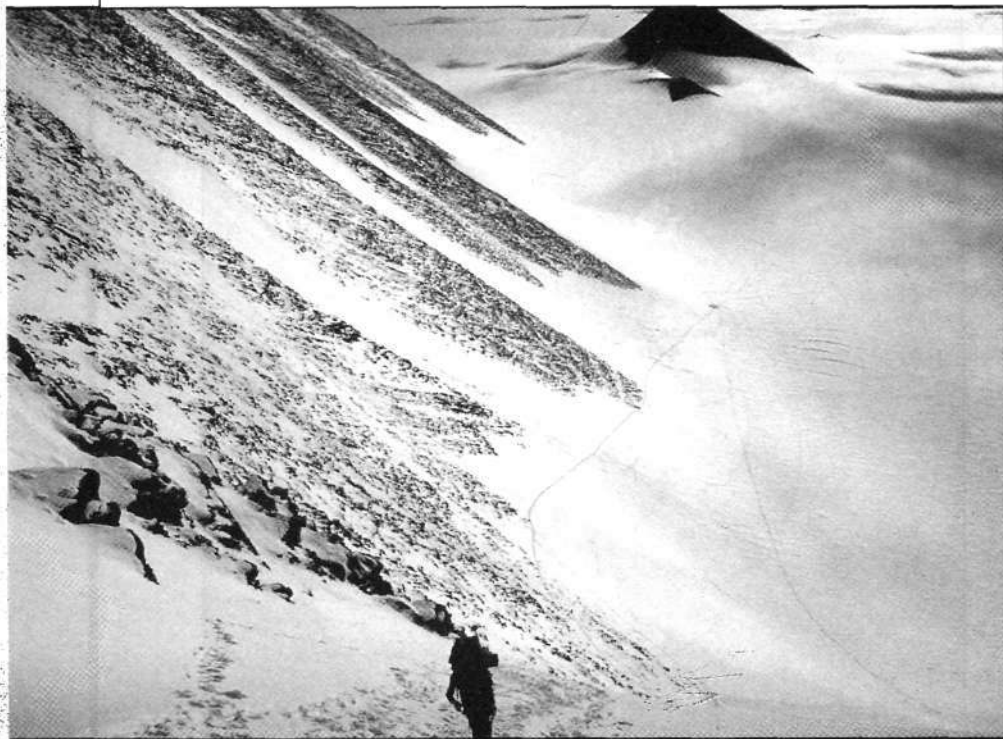
Unos minutos más tarde, un suave aterrizaje sobre un blanco paisaje, los motores del avión enmudecen. Llevábamos más de 15 horas de vuelo. Desde hace más de quince horas, no habíamos podido oír nuestra propia voz porque quedaba ahogada con el ruido de los motores del avión. Ahora reina el silencio absoluto. Incluso el ruido de nuestras pisadas sobre la nieve se oye a metros de distancia. Desempaquetamos todo nuestro equipo: dos grandes tiendas para el Campo Base, pequeñas tiendas para la base de altura, alimentos para un mes, cuerdas, clavijas, cacharros de cocina y quemadores, esquís y trineos. Posteriormente anclamos el avión. Cavamos agujeros de dos o tres metros y enterramos allí unas chapas, a las que atamos unas fuertes cuerdas. Con estas cuerdas las alas del aparato quedan tensas hacia abajo. **«Ahora ninguna ventisca podrá hacer daño a nuestro avión»**, comenta Ron, el copiloto. En aquellos momentos, y por así decirlo, ponía el abrigo de invierno a los motores.

También los escaladores necesitamos un acomodo seguro. Martyn, de Yukon (Canadá), que es de nosotros, el único que tiene experiencia de Antártida, dirige el almacén.

Levantamos tiendas probadas en el Himalaya. Y alrededor de las tiendas, hacemos un muro con bloques de nieve. El muro debe desviar el viento e impedir que los temibles huracanes rompan o rasguen las telas de la tienda.







**Ascensión entre los Campos I y II. Mirando hacia atrás, y siguiendo la huella de nuestros pasos se aprecia en el centro de la foto, al pie de la pendiente, el emplazamiento del Campo I.**

Mi compañero de cordada, Gerhard Schmatz, dice riendo: «*En el Himalaya he vivido tormentas terribles. Y las tiendas siempre han resistido, sin necesidad de estos muros*». Tres días más tarde, en el segundo campamento, comprobaremos en nuestras propias carnes lo importantes que son estos muros para el viento. Inesperadamente aparecerá un descomunal fuerte viento. Las nubes ocultan el sol. De golpe la temperatura desciende 20 grados. El único lugar donde se puede sobrevivir en estos momentos, es metido en el saco de dormir, dentro de la tienda, protegida en su exterior. La tormenta durará cuatro días sin interrupción. Y les aseguro que sin el muro de protección en poco tiempo habríamos quedado al aire libre. El trabajo que nos dio el construirlo habrá servido de algo.

Desde luego que es trabajoso cortar los bloques de nieve, bueno, mejor dicho, serrarlos. Mi primer intento con la pala de avalancha no fue bien. La pala se me dobló, y ni siquiera conseguí cortar un trozo. La nieve en polvo de la superficie no vale para hacer el muro.

Debajo, en cambio está duro, compacto, nieve helada, que únicamente se puede cortar con sierras especiales o —como Martyn ha descubierto por su experiencia en los duros inviernos canadienses— con una «cola de zorro» (serrucho de carpintero) normal que es muy apropiada para ello.

Los alumnos aprenden rápido. Después de no mucho más de una hora las tiendas

del Campo Base están seguras contra las tormentas y rodeadas de un muro que el mejor albañil no habría sido capaz de mejorar. Y menos mal que acabamos, ya que todos estamos muy cansados. Desde que despegamos de Punta Arenas, llevamos más de 30 horas sin dormir. Pero con lo de dormir hay que tener cuidado porque a medianoche es completamente de día, y el sol calienta las tiendas. De todos modos nosotros hemos venido a la Antártida para escalar el monte más alto, no hemos venido a dormir.

Así que hacemos un primer viaje a montar el primer campo de altura, empezando por subir los pesos. La ascensión tiene dimensiones como el Himalaya, por ello montamos campamentos de altura, como allí.

### ¿Qué se puede hacer a 45° bajo cero?

Para la primera etapa nos ponemos nuestros esquís. Y en lugar de cargar los 25 kilos a la espalda, los ponemos sobre un trineo ligero que arrastramos en nuestro avance. Al principio esto resulta mucho más cómodo y va mucho mejor que cargado sobre nuestras espaldas. Pero más tarde el invento empieza a fallar al hacerse el terreno más empinado. El trineo coge más peso y se está venga a caer de lado. Pero de todos modos también el transporte del segundo día lo haré con el trineo, aunque esta vez empaquetaré las cosas más lisas, es decir, procurando que la carga del trineo, vista en altura, no sobresalga mucho.

Más arriba del Campo I, el monte empieza a tener fuerte pendiente. Después de atravesar una zona rocosa alcanzamos un

paso de hielo bastante empinado, que conduce a un resalte. Aquí empieza la escalada. Los esquís y los trineos han quedado atrás. Los 25 kg aprietan en nuestros hombros brutalmente. A pesar de que el termómetro marca 21 grados bajo cero, nosotros estamos sudando, y nos quitamos alguna de las prendas de vestir que llevamos puestas. Es realmente sorprendente la cantidad de calor que puede producir el cuerpo humano.

Después del resalte que hemos escalado, nos encontramos la cuenca de un glaciar. Aquí es donde queremos montar el segundo campamento. Pero toda la zona está llena de grandes trozos de hielo desprendidos del glaciar, uno de ellos del tamaño de un chalet. Detrás de él buscamos cobijo y montamos las tiendas y el muro de protección.

En este segundo campamento el sol desaparece desde las 20 horas hasta las 10,30 de la mañana siguiente. Esto es así porque el sol queda oculto tras las crestas de las montañas. Naturalmente no oscurece por completo, pero las tiendas quedan a la sombra. En este momento sin luz solar directa, la temperatura desciende 20 grados rápidamente. (Más de una vez, llegamos a registrar 45 grados bajo cero.) No intentamos, a la sombra y con esta temperatura, escalar. Incluso el calentar la comida resulta difícil. Los cartuchos de gas sólo funcionaban si primero los calentábamos dentro del saco de dormir. En cambio, los americanos en la tienda de al lado cocinaban con gasolina. Esto funciona mejor; la llama y los cacharros calientes, calientan todo el interior de la tienda, de una manera muy agradable.

Por eso Gerhard y yo pasamos la mayor parte del tiempo con nuestros amigos en la tienda caliente. Durante la tormenta de nieve, que nos cogió por sorpresa en el segundo campamento y que nos tuvo atrapados durante cuatro días, hubo que tener muchísimo cuidado para que el viento no se colase dentro de la tienda, la inflase como un globo y la hiciese reventar.

Después de cuatro días de tormenta —notamos que merecía la pena tener comida de sobra— todo continúa de nuevo. Ahora tenemos que atravesar un complicado laberinto de grietas. Pero tenemos suerte. Encontramos el camino correcto al primer intento. El glaciar se hace ahora más llano y menos peligroso. Lentamente vamos notando que cada vez subimos más alto. El aire se nota como más diluido. A 4.150 metros de altura y sobre una zona de un glaciar amplio y casi plano, montamos nuestras tiendas por última vez. Dormiremos ahí.

El tiempo es de nuevo bueno. Tiempo de cumbre. A las dos de la mañana unos ruidos que parecen que provienen de otro mundo nos despiertan: ruido de avión o «Twin-Otter». Big Giles ya está de vuelta. Antes de la tormenta había partido en dirección a Sudamérica para recoger a un segundo grupo, y ahora hace un arco sobre nuestras cabezas en dirección al Campo Base. Sabemos que Reinhold Messner

se encuentra en el grupo de los nuevos que vienen. Messner, al igual que Gerhard Schmatz, quiere conseguir un nuevo récord de alpinismo: llegar a la cima de las más altas cumbres de los siete continentes. A ambos les queda sólo el monte Vinson en la colección. Le digo a Gerhard riendo: **«Esta vez vamos a llegar antes que Messner a la cima».**

### Let's go! Tiempo de cumbre

De todos modos aún nos queda un camino interminable hasta poder llegar al punto más alto de la montaña, pero el tiempo es bueno y además el hecho de tener a Messner a nuestras espaldas, pisándonos los talones, es algo que nos impulsa. El 2 de diciembre de 1986, a las 6 de la mañana, Gerhard y yo salimos para la última etapa. A pesar del sol que hace, el tiempo es increíblemente frío. El vaho de nuestra respiración se hiela delante de nuestra boca. En poco tiempo, pequeños témpanos de hielo cuelgan de nuestras barbas. Ambos escalamos al mismo ritmo. Paso a paso, como hemos repetido en muchas y difíciles ascensiones.

**Atravesando el laberinto de grietas del glaciar sobre el que montaremos el Campamento III, a 4.150 metros. Desde él, en 7 horas de duro esfuerzo superaremos los 750 metros de desnivel que nos separan del techo de la Antártida.**

Mis pies se quedan cada vez más fríos y amenazan con congelarse. Tengo que pararme, lanzar patadas al aire y mover los dedos de los pies de forma intensiva, para así conseguir que la sangre circule hasta la punta de mis dedos.

Al contrario que en la ascensión a otros montes, nuestra vista no se dirige únicamente a la cima. Continuamente nos estamos dando la vuelta para mirar los anchos y blancos paisajes sin horizonte de la Antártida. Y sólo por poder admirar este paisaje, nuestro costoso viaje ha merecido la pena.

**Serrando bloques de nieve helada que servirán para construir muros de protección de las tiendas. En el Campo II tuvimos que soportar una tormenta que nos tuvo cuatro días atrapados con vientos huracanados y temperaturas que llegaron a 45 bajo cero.**







**Stefan Wörner en la cumbre del Vinson (4.897), el punto más alto del «Frigorífico de la tierra», el 2 de diciembre de 1986, fotografiado por el alemán Gerhard Schmatz, la cuarta persona que consigue las «Seven Summits» del mundo.**

ciera recorrieron mil kilómetros. Amundsen iba el primero. El 17 de diciembre de 1911, cinco semanas antes que Scott llegó al Polo Sur y volvió sano y salvo a su barco. Para Scott y sus compañeros éste fue su último viaje. A pocos kilómetros de un depósito de abastecimiento, fallecieron todos.

El pensar en estos dos grandes aventureros me ha acompañado hasta aquí arriba, justo bajo la cumbre. El largo camino y las temperaturas inhumanas han minado nuestras fuerzas. Poco después de las 13 horas escalamos una pequeña pared de hielo casi vertical, y como sin darnos cuenta nos encontramos en el punto más alto del frigorífico de la tierra (4.897 m.).

Yo soy el primer suizo que ha coronado esta montaña. Y Gerhard Schmatz es el primer no americano que ha conseguido llegar al techo de los siete continentes. Pero el poder estar aquí, sobre estas blancas infinitudes me colma por completo. En el momento de coronar una montaña ningún récord tiene la menor importancia.

Durante el descenso, nos cruzamos con nuestros seis amigos americanos. Todos llegarán a la cumbre el mismo día.

A la mañana siguiente, cuando íbamos a quitar la tienda del campamento Superior, una figura embozada para en nuestro campamento: Reinhold Messner. Pocos metros detrás le siguen sus dos amigos, Oswald Oelz, médico de Zurich, y el tirolés del sur, Wolfgang Thomaseth. Les hacemos un té y les invitamos a descansar en nuestra tienda, que está caliente. Los tres aprovecharon la oportunidad que les brindaba el buen tiempo y un día después que nosotros alcanzaron la cima del monte Vinson.

El mismo día, Gerhard y yo llegamos hasta el avión. En cada parada que realizamos, nuestras mochilas aumentan de peso y de volumen ya que vamos recogiendo todo lo que fuimos dejando por el camino cuando subíamos. Incluso recogemos los restos de basura que habíamos dejado y los llevamos a nuestro Campo Base.

Big Giles nos espera con el último parte meteorológico en la mano. Con la radio del avión y vía Polo Sur —los americanos tienen allí una estación científica— pudo hablar con los chilenos de Carvajal, con los que convino nuestro primer repuesto de combustible.

«Let's go.» grita Giles, «el tiempo es bueno». Volamos de vuelta por el mismo camino que utilizamos para venir. Volvemos a repostar combustible dos veces. Después de sobrevolar el mar helado del Polo Sur y ver bajo nosotros la Tierra de Fuego y antes de preparar el aterrizaje en Punta Arenas, Giles pasa su última nota de información por la cabina. Rápidamente corre de unos a otros. Por fin la nota me llega también a mí. En el papel Giles había garabateado con letras mayúsculas: «WELCOME BACK». ¿De verdad?

## ASCENSOS AL VINSON MASSIF (4.897 m.)

1	Pete Schoening	N. Americano	18-12-1966
2	Bill Long	»	»
3	John Evans	»	»
4	Barry Corbet	»	»
5	Miichi Fukushima	Nipo-Americano	19-12-1966
6	Charley Hollister	N. Americano	»
7	Brian Marts	»	»
8	Nick Clinch	»	20-12-1966
9	Sam Silverstein	»	»
10	Dick Wahlstrom	»	»
11	Peter Von Gizycki	Alemán Occ.	22-12-1979
12	Werner Buggisch	»	»
13	Vladimir Samsonov	Soviético	»
14	Chris Bonington	Británico	23-11-1983
15	Dick Bass	N. Americano	30-11-1983
16	Frank Wells	»	»
17	Rick Ridgeway	»	»
18	Steve Matz	»	»
19	Yuichiro Miura	Japonés	»
20	Tajairo Maeda	»	»
21	Pat Morrow	Canadiense	19-11-1985
22	Martyn Williams (1)	»	»
23	Roger Mitchell	»	»
24	Pat Caffrey	N. Americano	»
25	Mike Dunn	»	»
26	Stephen Fossett	»	»
27	Giles Kershaw	Británico	»
28	Alejo Contreras (1)	Chileno	»
29	Heo Wook-Joon	S. Coreano	21-11-1985
30	Chang Jae-Shin	»	»
31	Yang Yong-Deok	»	»
32	Yvon Chouinard	N. Americano	11-12-1985
33	Doug Tompkins	»	»
34	Dan Emmett	»	»
35	Dan Bass	»	»
36	Frank Morgan	»	»
37	Phil Trimble	»	»
38	Gerry Roach	»	13-12-1985
39	Glen Porzak	»	»
40	Pete Ackerman	N. Americano	24-11-1986
41	Bob Failing	»	»
42	John Otter	»	»
43	Bill Martin	»	»
44	Mike Meyer	»	»
45	Dave Tollakson	»	»
46	Paul Pfau	»	»
47	Stefan Wörner	Suizo	2-12-1986
48	Gerhard Schmatz	Alemán Occ.	»
49	Martyn Williams (2)	Canadiense	»
50	Alejo Contreras (2)	Chileno	»
51	Colin Fuller	N. Americano	»
52	Jerry Corr	»	»
53	Jack Beaton	»	»
54	Abe Siemens	»	»
55	James McWilliam	»	»
56	Oswald Olz	N. Tiroles	3-12-1986
57	Reinhold Messner	S. Tiroles	»
58	Wolfgang Tomaseth	»	»
59	Hector McKenzie	Canadiense	5-12-1986
60	x. x.	N. Americano	»
61	x. x.	»	»

### NOTAS:

— Martyn Williams (22:49) y Alejo Contreras (28:50) son las únicas personas que han ascendido al Vinson Massif dos veces.

— Dick Bass (15), con su posterior ascenso al Everest, se convirtió en el primer escalador en conseguir los techos de los siete continentes, en el sentido de «masas continentales», es decir, incluyendo Mt. Kosciusko, en Australia, como representativo de Australasia (y contando las Américas del Norte y del Sur como dos continentes).

— Otras personas de esta lista que también han logrado dicho palmarés son: Pat Morrow (21), Gerry Roach (38), Gerhard Schmatz (47) y Reinhold Messner (52). Ahora bien, sólo dos de estos escaladores, Morrow y Messner, en este orden, han ascendido también al Carstensz Pyramid, situado en Nueva Guinea Occidental, que constituye el auténtico techo del continente de Australasia, en sentido global (ver Pyrencia 145, pág. 171).